

Época de idiotas

Un ensayo sobre el límite de nuestro tiempo

Armando Zerolo

Ediciones Encuentro

Madrid, 2022

160 pp.

ISBN: 978-84-1339-117-5



Si hace justamente un siglo José Ortega y Gasset no hubiera titulado una de sus obras filosóficas más importantes *El tema de nuestro tiempo* (1923), la afortunada expresión del filósofo madrileño se le habría ocurrido hoy Armando Zerolo para titular su libro *Época de idiotas. Un ensayo sobre los límites de nuestro tiempo* (2022).

No lo digo porque este no sea un buen título, que lo es; lo digo porque el problema que se propone desbrozar el profesor de Filosofía del Derecho es el mismo problema que abordó Ortega hace un siglo cuando planteó su filosofía del raciovitalismo: el hombre es un ser histórico, un animal que vive aquí y ahora; un individuo que no tiene más remedio que hacer su vida, porque su vida le es dada sin hacer, en estado de potencialidad; por eso su vida se convierte inevitablemente en su *quehacer*. Pero esta vida sin hacer solo puede hacerse en sus circunstancias, estas de aquí y estas de ahora. ¿Cuáles y cómo son estas circunstancias? Ese es el tema de nuestro tiempo, y ese es el problema sobre el que nos propone reflexionar Armando Zerolo en *Época de idiotas*.

Estamos ante un ensayo en el sentido más clásico del género: un texto analítico y descriptivo, redactado con estilo sugerente, propositivo; un texto escrito en primera persona, pero en diálogo permanente con grandes pensadores de

nuestro tiempo, desde Alexis de Tocqueville (*La democracia en América*) y Oswald Spengler (*La decadencia de Occidente*) a Giuseppe Capograssi (*El individuo sin individualidad*) y Romano Guardini (*El poder*), pasando con generosidad por José Ortega y Gasset (*Aurora de la razón histórica, Ideas y creencias*) y algunos de sus discípulos como María Zambrano (*Persona y democracia*) y Luis Díaz del Corral (*El rapto de Europa*). En la lucidez de estos enormes pensadores encuentra Zerolo la dialéctica apropiada para construir su propio discurso sobre el hombre y su tiempo.

En mi opinión, el autor hace suya la actitud *spinoziana* del amor *intellectualis*, que consiste en acercarse a las cosas no para juzgarlas sino para comprenderlas. De aquí que el ensayo vaya transitando del estilo poético (“las cosas dejadas a sí mismas son mares de arena pulidos por el tiempo, desiertos de conchas machacadas, el hombre en retirada”, p. 23) al estilo inquisitivo (“¿Cuándo empieza la posmodernidad?”, p. 34; “¿Vivimos en una época de cambio o en un cambio de época?”, p. 39; “¿Somos barco o somos árbol?”, p. 63); del estilo propositivo (“La nación, que integra territorio y cultura, podría dejar de ser patria para acabar siendo el ámbito subjetivo de nuestros afectos y la arena donde batallen nuestros resentimientos” p. 76; “Solo si nos implicamos en un proyecto más grande que nosotros mismos podremos conservar y mejorar lo que

somos”, p. 83), al estilo asertivo (“Solo sé que el mapa de nuestra sociedad es el cansancio”, p. 98; “El individualismo es la reducción de la conciencia a su mínima expresión”, p. 122; “Somos una novedad radical, el inicio de algo totalmente diferente”, p. 129; “La técnica se ha convertido en el problema de nuestro tiempo”, p. 138).

Por otra parte, nos encontramos ante una obra que demanda del lector actitud filosófica y mente abierta, es decir, tolerancia; no es un libro para dogmáticos ni fundamentalistas. Al contrario, es un ensayo escrito para un lector reflexivo y paciente, dispuesto a dejarse seducir por una perspectiva de la realidad que a lo mejor nunca había considerado, pero que le conmueve y le hace dudar.

Empezar a dudar es empezar a entender, decía Ortega, y Armando Zerolo hace de la duda la piedra angular de su tesis, perfectamente planteada hacia el final del libro (p. 117 y ss.): la técnica, que es un poder aplicado, ha superado -ha humillado dirá el autor- al hombre posmoderno, que no sabe qué hacer con ella, pero ¿no será precisamente esta humillación la tabla de salvación para el ser humano? “La técnica no va a parar de crecer”, afirma Zerolo, ni de poner al descubierto la debilidad del hombre, pero “aquí, donde algunos ven el problema, yo veo la solución. Porque descubrir la debilidad de la naturaleza humana es descubrir la fortaleza de la condición humana” (p. 139). Retomaré más adelante esta tesis.

En cuanto a la estructura, el libro está dividido en cuatro partes más un epílogo. El autor comienza con un bloque dedicado a explorar el concepto de límite en relación con cada edad histórica: Antigua, Media, Moderna y Posmoderna. Lo interesante de este recorrido es observar cómo el ser humano ha ido construyendo una cosmovisión progresiva gracias a su capacidad técnica para transformar la naturaleza y el entorno. Podemos hablar así de que en cada época ha imperado una cultura dominante, entendida la cultura como del sistema de ideas a las que el hombre se aferra para poder vivir.

Cultura y técnica son dos conceptos difícilmente segregables. Ambas constituyen el basamento sobre el que se asientan las creencias de cada época. Ya se ha dicho que Zerolo dialoga generosamente con Ortega, lo que se evidencia en el segundo bloque del ensayo, titulado “Contra el decadentismo” (p. 39 y ss.). El autor pone el énfasis en la importancia del sistema de creencias dominantes en cada época, porque las creencias son -como sabemos por Ortega- esas ideas con las que el hombre cuenta para vivir y sobre las que edifica su existencia. El propio Ortega afirma en *Ideas y creencias* (1940) que se podría escribir la historia de la humanidad a través de la historia de las creencias.

¿Por qué es importante el tema de las creencias en el edificio dialéctico que construye Armando Zerolo? Porque las creencias pueden dejar de serlo, pueden eventualmente ser impactadas por la duda, duda generalmente producida por un hallazgo científico-técnico, hasta el punto de que la creencia se desvanezca. Cuando una creencia cae comienza un proceso de crisis histórica que, a fin de cuentas, alimenta el progreso de la humanidad. “Cuando las creencias dejan de serlo -afirma Zerolo- y vivimos en las ideas parece como si se perdiera un pie en la realidad y se anduviera sobre arenas movedizas” (p. 48). El riesgo de vivir sin creencias es que la vida se reduce a pura acción sin objetivo: “Este es el drama existencial de todo cambio de época, el problema ético que se da en la historia: el intelecto no propone razones y la acción queda reducida a voluntad” (p. 48). El drama se produce porque al caer una creencia, el hombre se queda sin razones, sin un para qué ni un hacia dónde.

Como sabemos, la palabra crisis significa cambio. En el último apartado del segundo bloque, titulado “Psicología y patología del cambio”, Zerolo se adentra en aspectos realmente sugerentes para comprender el comportamiento de los individuos enfrentados a la crisis provocada por el desvanecimiento de una creencia. Así, se pueden dar una de estas dos actitudes:

la conservadora o la revolucionaria. Ambas son problemáticas, como explica el autor, porque si bien “unos se repliegan, otros huyen hacia adelante, pero ninguno construye porque no toman su impulso en las creencias” (p. 60).

Esta doble actitud humana, conservadora y revolucionaria, encuentra un amplio desarrollo en el tercer bloque del libro, titulado “La vida posmoderna. ¿Somos barco o somos árbol?” (pp. 63-116). El barco representaría el ideal liberal, es decir, “la conciencia de la bondad de un sistema que permitiese la convivencia de diferentes modos de vida” (p. 64). La metáfora alude a la estabilidad del barco como espacio común que se mantiene a flote en un medio inestable. Esta concepción liberal del Estado fue contestada por los partidarios del Antiguo Régimen con la metáfora del árbol, es decir, un elemento inestable y sometido a todo tipo de inclemencias que, sin embargo, arraiga en un terreno estable que le permite mantenerse en pie. Así, mientras que para los liberales la estabilidad se encontraría en la forma política, para los conservadores descansaría en la sociedad.

El bloque cuarto arranca con un planteamiento arriesgado: “la posibilidad del parto al que quizás estemos asistiendo hoy: el nacimiento de un nuevo hombre histórico [...] un proceso que dura ya más de dos siglos y que puede que esté llegando a su punto de inflexión” (pp. 118-119).

Para resolver esta hipótesis, Zerolo propone un fascinante recorrido que va de la Revolución Francesa y el nacimiento del “hombre democrático” (Tocqueville), hasta el siglo XX con el advenimiento del “hombre masa” (Ortega y Gasset). Este viaje consistió en un proceso inicial de conquista de la individualidad que finalmente fue arrasado por los totalitarismos del siglo XX. “Si antes el ideal libertario consistía en romper las cadenas, ahora consistía en ponerse un uniforme” (p. 134).

Así, el siglo XX nos devuelve una imagen en la que no vislumbramos un individuo emancipado, sino un individuo

instrumentalizado en favor de “una causa abstracta y ahistórica: la raza, el pueblo o la clase” (p. 135). Por lo tanto, en el periodo de entreguerras, lejos de reproducirse la rebelión profetizada por Ortega en el primer cuarto del siglo XX, “lo que se produjo fue la entrega total del individuo a la sociedad [...] bajo la promesa de una redención” (p. 136).

La paradoja se produce porque los totalitarismos llevaron al límite la deshumanización en los campos de exterminio, provocando así “el surgimiento de la individualidad por las fisuras de los muros de hormigón y las chimeneas de los hornos crematorios” (p. 137). Dice con razón Zerolo que “nunca se había hablado con tanta conciencia de lo que es el individuo como inmediatamente después de la liberación de los campos de concentración” (p. 137).

Aquí se encuentra, en mi opinión, el punto clave de este ensayo y la apuesta más arriesgada del autor, cuando plantea que “la emergencia de nuestra época es el renacimiento de la individualidad, y el presente comprende todas las posibilidades, las buenas y las malas” (p. 138).

En este punto, irrumpe con fuerza el concepto de “límite” invocado en el título. La paradoja consiste en que el límite no es lo que separa, sino lo que une, lo que hace que dos realidades aparentemente lejanas entren en comunión. Esta paradoja caracteriza “la época del idiota, el nuevo tipo histórico que se hace pequeño para que suceda lo grande. [...] Es la época del que se define por el grito, por la petición y la oración. No es tiempo de burgueses satisfechos que no necesitan nada ni a nadie. Es tiempo de idiotas, de aquellos que han recuperado la conciencia adulta de ser como niños y afirmar, con todas las consecuencias, que somos necesidad de compañía” (pp. 149-150).

Desde esta perspectiva, no se trata de que el hombre posmoderno intente superar los límites, sino de que aprenda a aceptarlos. El hombre posmoderno tiene que “aprender a vivir

con la sensación de no controlar el sentido último de nuestras acciones” (p. 140). Una y otra vez, la realidad vuelve a poner al hombre en el sitio que le corresponde, un lugar determinado por la fragilidad, pero también por la responsabilidad. Se adivinan las reminiscencias cristianas subyacentes al marco conceptual del autor, que lejos de concebir la fragilidad como un rasgo de impotencia, la evoca como un signo de la divinidad humana.

Finalmente, el lector encontrará en la obra una defensa apasionada de nuestro tiempo, y una denuncia del triunfo de las distopías y de la creencia de que todo va mal. Si en la primera línea de la introducción Armando Zerolo afirma que “hablar bien de nuestra época resulta contracultural” (p. 17),

semejante alegato reaparecerá al final del libro, cuando el autor plantee los desafíos del presente no como una amenaza, sino como una posibilidad para el renacimiento de un nuevo individuo que ha sido humillado y sometido; un hombre que creyó dominar la naturaleza y que resultó dominado por ella; un hombre que llevó hasta el límite la técnica y que acabó devorado por el hongo radioactivo que esa misma tecnología había diseñado. Y es así, por el camino de una humildad bien asimilada, como el límite de nuestra humanidad nos permitirá salvarnos en nuestras propias circunstancias.

Ignacio Blanco Alfonso
Universidad CEU San Pablo. *CEU Universities*, España